

Tres portales de la India

Myriam Moscona

En la India nada es lo que parece: a medio camino entre la crónica de viajes y la ensoñación poética, Myriam Moscona nos ofrece tres muestras verbales de la India. En la descripción de estos portales el lector accede a una suerte de revelación hacia realidades ocultas y secretas.

Para A. el instigador

PUERTA DE GALTA

El mono gramático de Octavio Paz tiene en sus páginas centrales unas fotografías en blanco y negro, bastante precarias, donde pueden verse los restos de un templo descarapelado. Bajo esa guía llegamos al atardecer. A la entrada un indio guarda en una canasta de paja su serpiente (previamente desdentada). El hombre sopla un extraño instrumento de aliento y la serpiente esponjada y furiosa comienza a elevarse. Un sitio idéntico a las fotografías de mi edición, sólo que en éstas no aparecen los macacos, tal vez unos ochenta, que salen al encuentro esparcidos por las escalinatas del templo bañado con esa luz inclinada por el descenso del sol. El cuidador nos ha comprado bolsas de cacahuates que nos cobrará subrepticamente y de paso ayudará a alimentar a esa manada de micos que desciende por los pasamanos del templo con absoluto desparpajo. Algunos fornican, otros se despiojan, algunos más se masturban. Una madre amamanta a sus crías y nos mira de reojo con desconfianza. A la salida del templo veremos una escena casi idéntica. Dos mujeres en cucullas se espulgan la cabeza. Hablamos en Galta con unas francesas de trompa parada que se quejan de la India. Una de ellas, en especial, dice que eso rebasa su tolerancia. Días después la

volveremos a encontrar a orillas del templo jainita de Ranakphur (uno de los más fotografiados de la India por su trabajo de labrado delirante en columnas y paredes). Parecía más reconciliada con sus propias impresiones.

Las imágenes alucinantes de esos monos de Galta se mezclan con las palabras del poeta. Los monjes viven con pobreza cerca del estanque lechoso por el que constantemente atraviesan. Los arcos del templo se repiten en esas aguas. En una orilla descubro un fresco dañado con el rostro de Januman, el mono gramático al que Paz dotó de distintas capas reflexivas y que ahora nos devuelve el paisaje, el olor extraño del lugar, los ramilletes de micos de nalgas rosadas, las lecturas que concentran el esplendor asqueroso y fascinante de Galta, idéntica a sí misma.

PUERTA DE JODPHUR

En el fuerte de la ciudad azul, en lo alto de esa construcción llena de pasadizos secretos, un viajero se ofrece a retratarnos a mi amiga Margo, en su tercer viaje a la India, y a mí. Mientras hablamos con el viajero fugitivo no percibí el impacto que me haría su presencia en los días siguientes. Henry Michaux en *Un bárbaro en*



Jodhpur, India

Asia (es un recuerdo brumoso el mío) cuenta sobre un encuentro fugaz con una mujer cuya sombra misteriosa lo persiguió y obsesionó a lo largo de su viaje. Michaux sabía, como yo lo sé, que nunca volvería a estar frente a esa presencia. Y no se trata de una fantasía con tintes románticos sino de un encuentro lleno de auras incomprensibles. El hombre, delicadísimo, era silencioso, un viajero poco convencional, se dedicaba a trabajar en un ámbito de enfermeros. Llevaba mapas llenos de anotaciones con los recorridos que ha hecho en India a lo largo de sus distintas travesías. Tengo una imagen nítida de sus manos rugosas y su ritmo nocturno. Puedo ver sus uñas y la forma de su cutícula. Nos señala en el mapa un sitio llamado Kumbalghar. “Conozcan ese sitio” nos dice tímidamente. Dos días después estábamos allí, en Kumbalghar, al que llegan mucho menos extranjeros que al circuito más conocido del Rajasthan, zona visitadísima de la India por sus impactantes esplendores. El camino al Fuerte es muy estrecho y serpentea en la montaña, apenas cabe un auto aunque circulen en dos sentidos camiones, gente, changos, vacas y motocicletas. Ahora sí nos van a matar, pienso mientras un autobús parece embestir el cochecito indio marca Índigo color blanco en el que nos acercamos al Fuerte. Nuevamente sorteamos, una y otra vez, el peligro de ser aplastadas. Llegamos con la luz de la tarde ya inclinada, pagamos una bicoca por entrar y nos dirigimos hacia el gran portón medieval. Se perfila la segunda muralla más grande del mundo. En un terreno escarpado en que las montañas

suben y bajan, se esparcen los templos consagrados a Shiva. A simple vista contamos seis. Contrasta la construcción medieval con esos templos llenos de redondeces y columnas adornadas. Comenzamos a subir y a subir. Margo acaba de cumplir ochenta años y nunca se queja del ascenso. Hay algunos visitantes en el sitio. Salvo nosotras, ningún extranjero. Una mujer india y su padre descansan en un claro del Fuerte. La vista comienza a dominar un entorno abierto, espléndido, con esa muralla encajándose en los montes. Seguimos, seguimos, seguimos. Al llegar casi a la punta, una mujer india muy fea, con pocos dientes, nos habla sin el menor miramiento por nuestra incomprensión a sus palabras. Nos jala, nos obliga a entrar a una pequeña cueva. Allí crepita un pequeño fuego y ella le pasa la mano una y otra vez. La mujer y su padre llegan también a ese oscuro recinto asfixiados por el esfuerzo. Recuperan el aire. Ella me explica en un inglés precario que debo tocar el fuego, que esa llama ha estado encendida durante siete siglos. Es un altar a Párvati cuyos dos aspectos o avatares (las diosas Durga y Kali) inundan los templos del país. Paso la mano cada vez más lento, como si la frotara, y no siento el calor, pareciera que el fuego estuviera frío. Insisto pero ella me quita la mano y nos invita a repetir unas palabras. En ese momento me doy cuenta de que estoy inmersa en una repetición, en algo que ha sido dicho muy atrás, son palabras que no conozco pero su fuerza se enlaza. Por alguna razón pienso en el momento del entierro de mi madre cuando oficialmente se decreta-

ba mi mayoría de edad. Al volver del cementerio, encendimos en casa un pabilo que estuvo flotando en el aceite los siete días del rito judío. Ese encender el fuego me dio una protección vinculada a la fuerza de la repetición. Durante miles de años otros deudos encendieron el fuego con el mismo propósito y repitieron las mismas palabras. Párvati me conduce a ese instante.

PUERTA DE VARANASI

Los estereogramas tienen dos planos de realidad. Son imágenes en apariencia planas que al primer contacto se perciben en una sola dimensión. Hay que mirarlas mucho tiempo, hacer el bizco, olvidar que uno está buscando y de pronto, atrás, se revela otro dibujo (oculto para quienes no logran visualizarlo). Cuando se abre ese segundo plano casi nos parece mentira cómo es que un momento atrás, allí no había nada porque nuestra ceguera era incapaz de distinguir.

Al llegar a Varanasi, ciudad contaminada al extremo, sólo aparece el primer plano de la realidad. Y es asqueroso. El cielo bajísimo, humeado, lleno de vapores que se meten en la garganta acompañado de la expulsión masiva de sonido de claxon tocado al unísono como si el Apocalipsis de san Juan fuera un cuento de hadas. Llegamos al Hotel Ganges View, uno de los pocos situados a orillas de los *ghats*, es decir, uno de los muelles del Ganges. En realidad los *ghats* son las escalinatas que bajan al río. Los indios le llaman *Gan-ga*, el río más venerado de la tierra. El río es un dios que fluye mugroso entre la gente.

El Hotel Ganges View es una casa tipo inglés, llena de miniaturas y de arte popular de otros tiempos. Hay una terraza donde se toma el desayuno y se descansa del ataque visual más concentrado del país. Allí, arriba, todo es armonía y buen gusto. Abajo están los malos olores, la pobreza extrema, el turismo espiritual que llega en busca de “iluminación garantizada”. Es la tierra de la gran promesa, la tierra de los muertos, la tierra de los *saduk*, aquellos santones que han renunciado a todo y se han arrojado a la calle por elección propia. Todos se parecen. Son barbones, extremadamente sucios y se distingue claramente quiénes están ahí porque se quedaron en un viaje sesentero (casi todos son fuereños) y quiénes están impulsados por una historia de vida que viene de muy atrás.



Galta, India

Por la noche, en el *ghat* más concurrido, lleno de peregrinos de todas partes de la India y del mundo, han montado un rezo con tintes de Hollywood. (Y nada más *ad hoc* que ese *holly*, sagrado; *wood*, madera). Dispusieron unos micrófonos y cantan y bailan ante los flashazos que hacen disparar los turistas exaltados durante el atardecer.

En una barca uno puede alejarse de esa puesta en escena y circular por el río sagrado hasta llegar a la primera cremación. El muerto pertenece a una familia adinerada puesto que el cuerpo arde entre leños de sándalo. Se adivina el lugar de la cabeza y su forma aún humana entre los maderos encendidos. No se permite la asistencia de mujeres cercanas al difunto. Las mujeres, me explica un guía socarrón, son más sentimentales y no logran contener el llanto. Jamás se debe llorar frente a un cuerpo en proceso de ser quemado pues le impediría su liberación. Entre los más de cien *ghats* de la ciudad sagrada, hay dos, el Dasaswamedh y Manikarnika, que están llenos todo el día.

Hasta aquí, el primer plano del estereograma. El de atrás, invisible hasta ahora, se revelaría a las cinco de la mañana del día siguiente en que los rezos de la calle

En un terreno escarpado en que las montañas suben y bajan, se esparcen los templos consagrados a Shiva.



Varanasi, India

irrumpen con un ritmo estremecedor y se meten al sueño de quienes escuchan con una oreja alterna. A esa hora comencé a prepararme para volver al sitio que la noche anterior me pareció a un tiempo impactante y artificioso con esos ritos que dan inicio casi tras una tercera llamada. Al amanecer el aire es fresco. Subimos a una barca justo cuando el sol rompe la línea del horizonte. Hay hombres y mujeres lavando ropa al pie del río sagrado. La azotan contra las piedras una y otra vez. Las prendas caen con segundos de diferencia y así se teje un ritmo jazzado, bam bom bom bac, mientras la barca avanza y Varanasi despierta como una ciudad celeste. Hay escalinatas inolvidables, con los peldaños, uno rojo y otro blanco. Forman una geometría extraña bajo los edificios deteriorados que tardan en reconocerse como verdaderas maravillas. Una barcaza de mujeres vestidas con saris blancos depositan velas y flores en el río. Cantan. A diferencia de la noche, los *ghats* están serenos, nadie trata de mostrarse ni hay bocinas encendidas. Nuevos muertos, nuevas cremaciones y un mismo fuego que arde

hace siglos y del que cada cremación enciende su primera flama. (Un señor muy rico de la ciudad se encarga de mantener el fuego en perpetua combustión).

Varanasi aparece descrito en los *Rig Veda*. Es una de las ciudades más antiguas del mundo que además conserva desde entonces la misma tradición hacia los muertos. Hay sitios consagrados a albergar ancianos que sueñan con morir allí. *It's a good karma, madame, please, buy me these flowers, buy me these candles*. Una mujer delgadísima se lava el pelo en el río. Cada mañana las abluciones matutinas llenan de sentido sus cuerpos pequeños. Los indios de la burguesía no tienen esa pinta corporal, pueden llegar a ser panzones, caminar con dificultad porque, lo vimos, un séquito de sirvientes les resuelve la vida.

A veces los hombres parecen hablarte con las encías sangrantes. Alguien me corrige. “No es sangre sino betel, la yerba que mastican a toda hora”. La escupen por la ciudad que parece mancharse de filtraciones menstruales. El betel es un estimulante, incluso un afrodisiaco. Se dice que es ideal para llevarlo a los viajes porque hace que el goce sea más intenso ya que afecta la percepción del tiempo. ¿Por qué sólo los hombres la usan? ¿Será por su aspecto repugnante o porque sólo ellos se permiten esos goces? En las escalinatas del *ghat* por donde trato de salir me topo con un letrero manchado que indica la subida a la German Bakery. Una vaca está arrojada al pie del letrero. A su alrededor varios escupitajos de betel la hacen parecer herida. A unas calles de allí se esconde una Varanasi más secreta llena de pasadizos con santuarios hindis y musulmanes. Se prohíbe la entrada a los ajenos a esos sitios de veneración. Es un laberinto peatonal, estrecho, lleno de gente, como una *kasbah* ruidosa y viva. Se venden aceites aromáticos, sedas, pashminas (que a través de los vendedores portátiles persiguen a los turistas por todas partes), velas, Krishnas de piel azul, Durgas de bolsillo, coranes, lazos con camellos y elefantes, saris de colores fantasiosos —dorados, plateados, ocre, índigos, morados— que llevan las mujeres en toda India: pocas visten a la manera occidental.

Al salir del laberinto una sombra comienza a perseguirte. Permanecerá días pisándote los talones. Incluso entrará en tus sueños, los más claros y los más incomprendibles. Varanasi, la que se ocultaba en el primer plano del estereograma, se limpia de polvo y paja para tocarte el hombro, siempre por detrás, susurrándote mientras tú creías estar en otras cosas. **U**

Una barcaza de mujeres vestidas con saris blancos depositan velas y flores en el río.